

Peter Handke

Ensayo sobre el Lugar Silencioso

Traducción de Eustaquio Barjau



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Versuch über den Stillen Ort*

Primera edición: 2015
Segunda edición: 2019
Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Suhrkamp Verlag Berlin, 2012
Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin
© de la traducción: Eustaquio Barjau, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-709-3
Depósito legal: M. 24.784-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Hace mucho tiempo, leí una novela del escritor inglés A. J. —«Archibald Joseph», si no me equivoco— Cronin, en una traducción alemana que llevaba por título *Las estrellas miran hacia abajo*. Era un libro bastante gordo, pero ni el autor ni su historia, que en aquel momento me llegó del todo y me entusiasmó, son el motivo por el cual ahora apenas pueda acordarme de unos pocos detalles. Lo que recuerdo de la novela, junto con las estrellas que miran continuamente desde arriba, es esto: una región minera de Inglaterra y la crónica de una familia de mineros que pasa hambre, una historia que alterna con la de unos propietarios adinerados («si no me equivoco»). Mucho más tarde, al ver la película de John Ford *Qué verde era mi valle*, como por arte de magia, en el buen

sentido de la palabra, desfilaron ante mis ojos las imágenes de los rostros y los paisajes, de tal modo que, aunque yo lo sabía muy bien, no se trataba de una versión cinematográfica de *How Green Was My Valley* de Llewellyn, sino del *The Stars Look Down* de Cronin. Y eso que de esta epopeya de las estrellas que miran desde arriba sólo me ha quedado un único detalle. Pero éste me ha estado persiguiendo hasta el día de hoy y es además el que constituye el punto de partida de mis rodeos y mis circunvalaciones en torno al Lugar Silencioso* y a los lugares silenciosos, y, consecuentemente, a partir de aquel detalle tiene que empezar el ensayo sobre esta cuestión.

Ya sea en mi memoria o en mi imaginación, aquel detalle cuenta lo siguiente: uno de los héroes de *Las estrellas miran hacia abajo* –me parece que son dos, y ambos niños, y luego adolescentes, hijos de una casa de gente rica uno y de una casa de gente

* La expresión «el lugar silencioso» se emplea en alemán para designar, en un registro a la vez eufemístico e irónico, el retrete. Dado que aquella frase puede usarse también en sentido literal, en este libro Peter Handke establece esta distinción: cuando aquel sintagma se emplea en sentido eufemístico, el adjetivo se escribe con mayúscula –en alemán los nombres se escriben siempre con mayúscula–; cuando se usa en sentido literal, el adjetivo aparece con minúscula. En la traducción castellana, para tal distinción se ha seguido la pauta que se aprecia en las líneas que ha dado lugar a la presente nota. (*N. del T.*)

pobre el otro— ha cogido la costumbre de ir al servicio, al retrete, sin tener necesidad de ello. Y además esto ocurre siempre que está harto —que se ha cansado— de la compañía de los otros, de los adultos, de la familia; siempre que aquélla se convierte para él en una carga, en una tortura. Se encierra en el retrete («como su nombre indica») para dejar de oír la cháchara y se queda allí durante más tiempo del que es normal.

La historia —¿o bien esto es ahora la narración de lo que cuenta la historia?— quiere que sea el descendiente de los ricos el que se siente atraído por el Lugar Silencioso y que este lugar esté lejos de todos los salones y estancias de la casa señorial y que el muchacho no haga allí otra cosa que escuchar el silencio que reina allí. Y es bastante probable que no sea tanto la historia, la novela, como la narración de lo que ésta cuenta lo que haga ahora que el joven héroe, en el encierro y en la lejanía de los más próximos, tenga una imagen, y también un sentimiento, a la cual y al cual el libro debe su nombre: allí las estrellas lo miran desde arriba. Su Lugar Silencioso no tenía techo, estaba abierto al cielo.

También para mí, aquí, el Lugar Silencioso tiene una historia, una historia que difiere en algunas cosas, pero comparable precisamente a la que,

partiendo de aquélla, acabo de contar; una historia que, a la vista del lugar, que ni siquiera es «monótono», tiene una viva pluralidad. Esta historia es lo que yo, ahora, y no de un modo exhaustivo, quisiera intentar seguir, guardando un cierto paralelismo y con el contrapunto de esbozos de historias e imágenes que éste y aquél me han hecho llegar.

Fue en el umbral entre la infancia y la adolescencia cuando el Lugar Silencioso empezó a significar algo para mí, algo más allá de lo acostumbrado y habitual. Cuando hoy, aquí, junto a mi mesa de trabajo, tan lejos de las regiones de la infancia como de la infancia misma, quiero evocar los váteres de después de la Segunda Guerra Mundial, en Berlín Este, en Niederschönhausen, luego en Pankow, y luego el retrete de la casa de mi abuelo, una casa de campesinos, al sur de Carintia, sólo me vienen a la mente unas cuantas imágenes –de la gran ciudad ni una–, y además, y sobre todo, yo no existo en ellas, ni como niño ni como ser humano; en ellas falta un yo, o falto yo mismo; estas imágenes carecen de ser.

Sólo lo acostumbrado: los fajos, más o menos gruesos, de periódicos, cortados convenientemente con la mano, agujereados y sujetos por una

cuerda, colgando de un clavo clavado en la pared de tablas de madera, con la variante de que los recortes estaban escritos casi siempre en esloveno, del semanario *Vestnik* («El mensajero»), al que estaba suscrito el abuelo. El pozo que, desde el agujero para sentarse, descendía verticalmente en dirección al estercolero, que formaba parte del establo del ganado que había abajo –¿o no será que llevaba más allá, a una especie de fosa séptica?–, con la particularidad de que aquel pozo era de una longitud inhabitual, o por lo menos al niño que era yo entonces se lo parecía, al encontrarse como se encontraba el retrete en el primer piso de una casa de campo que estaba en medio del pueblo, construida sobre una pendiente muy pronunciada, al estar al final de una larga galería de madera, en el paso de ésta al granero, a la vez parte o ángulo de éste, así como de la galería, sin que nada llamara la atención en absoluto, porque tenía el mismo color gris, debido a la intemperie, que las tablas de la galería y los tablones de la era, pasaba totalmente inadvertido como lugar especial, ni siquiera como cobertizo, y no digamos como «retrete», sobre todo porque en la puerta no estaba el corazón, que es más o menos habitual en el país, y además porque la puerta tampoco era reconocible como tal puerta, sólo aparecía como pared de tablas que sobresalía un poco en-

tre la galería y la era; a los ojos de uno que no fuera del país podía ser tal vez el hueco donde se guardaban las herramientas de carpintería del abuelo. Sin embargo, raras veces había visitas en la casa; todo lo más, una vez al año, el representante regional de la Compañía General de Seguros, las «Assicurazioni Generali», y para éste, en el caso de que se hubieran producido daños por un incendio o por la caída de un rayo, un espacio como éste hubiera sido insignificante. Lo que, de un modo u otro, llamaba la atención era hasta qué punto aquel retrete rural estaba lejos de todo lo demás, en el día a día así como en las fiestas; era difícilmente imaginable que en el pueblo esloveno de Stara Vara, a diferencia de lo que ocurría en las pequeñas aldeas con mercado que había abajo, en el llano, la gente hiciera sus necesidades en público, como se ve, por ejemplo, en algunos cuadros holandeses del siglo XVII.

Pero ahora, de aquel Lugar Silencioso me llama la atención también algo especial: la luz que había en aquel pequeño cobertizo, incluso los dos tipos de luz (sin interruptor, naturalmente, y no sé cómo, por la noche, aquella familia de tantos miembros podía encontrar aquel lugar recorriendo la galería, oscura como estaba; ¿con una lámpara de petróleo?, ¿una linterna de mano?, ¿una vela?, ¿a

tientas?): la primera de las luces, la de arriba, estaba, por decirlo así, donde debía estar –¿cómo llegaba a través de las hendiduras del cobertizo de madera?, no, el abuelo tenía la suficiente profesionalidad como para que, al armar aquel cobertizo, dejara espacio para aunque fuera una sola hendidura–, era una luz que más bien penetraba a través de la madera y desde la madera misma, como filtrada, puntiforme y atravesando los agujeros, que apenas tenían el tamaño del ojo de una aguja, de los puntos más o menos redondos que dejaba la rama del árbol, aserrada para convertirla en tablas, las cuales, en un medio seco como aquél, quedaban quizás más reducidas que el mismo tronco del árbol. Extraña luz indirecta aquélla, como no la había en ninguna otra parte de la casa; indirecta, es decir, sin que hubiera ninguna ventana, y, en cambio, más material; una luz que te rodeaba –por la cual uno, en el Lugar Silencioso, se encontraba rodeado; ¿uno?, yo, ¿así que ya entonces estaba «yo» allí?

¿Y la segunda de las luces? La que, al mirar hacia abajo por el largo pozo vertical, había en el sector del montón de estiércol, como si dijéramos en las profundidades. Es ésta una luz que sube pozo arriba –por favor, no esperéis ningún «junto con el mal olor», ningún recuerdo de éste, ni hablar

de tal cosa—; no sube hasta el que mira por el agujero, hasta «mí», sino todo lo más hasta media altura del pozo, no, ni siquiera hasta ahí, apenas llega hasta la altura de una brazada, y, concentrada allí abajo, es un brillo de una materialidad completamente distinta del brillo que rodea al que está arriba mirando, un brillo intensificado probablemente por el gran amarillo de la paja que, en aquella profundidad, se mezcla con el estiércol del ganado y que hace plásticas las paredes interiores del pozo, siguiendo la forma de éstas, el círculo: geometría viviente, natural. ¿Y por qué ahora, en relación con esto, me viene a la mente otra vez la anécdota del lugar sobre el que contaba mi madre, una anécdota en la que un niño, al presentarle al cura del pueblo un cesto de peras relucientes y bien formadas, hace esta observación: «Señor párroco, mis padres me mandan que le salude con estas peras del árbol de mierda de la casa»?

Como sea, y sea cual sea la razón: a diferencia del joven héroe de *Las estrellas miran hacia abajo*, yo, en mi infancia, no necesité ni una sola vez el váter como lugar para retirarme. De entonces, si tengo en la memoria el Lugar Silencioso, los Lugares Silenciosos, es sólo como observador, como mirón, justamente como mirón, como una especie de mé-

dium. Ni siquiera como silencioso ni como secreto ni como lo que fuera llegué a vivir yo aquel lugar: los ruidos, fueran los que fueran, no hacían ni hacen al caso. (Y no digamos los olores, algo extraño, o no.) ¿Mirón? ¿Estación de paso? Figura al margen, sin cuerpo, invisible; el lugar, vacío; sólo mirar, entonces como ahora.

La primera vez que me veo como una figura central, de carne y hueso, corporal, en este Lugar Silencioso fue más tarde, lejos del «terruño»; sí, así se decía entonces. Fue durante los años del internado. Y allí, cuando esto ocurrió del modo que deja más huella, fue justo al comienzo, la noche del día de mi ingreso (o como se lo llame). Fue un día de comienzos de septiembre, en los años cincuenta del siglo veinte; llovía con fuerza y oscureció pronto; entonces, en nuestras latitudes aún no se había introducido el cambio de horario de verano. Antes de la primera cena en común de los tal vez trescientos pupilos, en el enorme comedor —yo no había comido nunca en una sala ni había estado nunca en algo así como una sala, como no fuera la del gimnasio—, tuvimos que permanecer todos de pie y repetir la oración de bendición de la mesa que iba pronunciando un sacerdote, el prefecto.

Esta oración fue muy larga, o simplemente así me lo pareció, probablemente también porque, durante todo el tiempo, desde que llegué al internado, a primera hora de la tarde, había estado esperando hacer mis necesidades en aquel amplio e intrincado edificio que antes había sido un palacio, pero no encontraba el/los servicio(s), y tampoco los buscaba. ¿Y preguntar? ¿Cómo se hacía esto allí? Así que nosotros, los novatos, zagales venidos de los más alejados rincones del país, estábamos de pie y repetíamos y repetíamos la oración, y, al otro lado de las puertas cerradas del refectorio, la fría lluvia del atardecer pegaba con más y más fuerza sobre los senderos de grava de fuera, en el patio del palacio —¿o es que me equivoco?—; además, el chapoteo del surtidor del palacio; si pudiéramos sentarnos en los bancos que había junto a las larguísimas mesas... Pero no: de pie y continuando con la oración, y cuando al fin nos sentamos, pasando por encima del suelo de losas del palacio, un suelo antiguo, bello, iluminado por muchas arañas de cristal, corría algo que yo creía que era imposible de ver, y lo observaban todos los adolescentes que estaban sentados a la mesa; algo que avanzaba serpenteante ante los ojos de todos, de la pata de un banco a la pata de otro banco y también de la pata de una mesa a la pata de otra mesa, y con las piernas mo-

jadas desde la «bragadura» de los pantalones nuevos para la nueva etapa de la vida hasta abajo, junto a los pies, los zapatos más o menos recién estrenados.

Y así estuve sentado hasta el final de la cena, rígido, haciendo como que comía, fingiendo. Pero luego, apenas hube traspasado la puerta, salí de la fila, de la multitud, lejos, muy lejos, hacia el más oscuro de los rincones del patio de arcadas. En mi recuerdo estoy, ¡por fin!, en un lugar donde no hay luz, apoyado en un pilar, y en aquel lugar extraño –yo, que de pequeño estaba acostumbrado a muchos lugares extraños– no tenía, literalmente, ni idea de qué iba a hacer. Salir afuera era impensable, y no sólo porque los portones estaban cerrados y porque la lluvia caía con fuerza, tampoco volver con los otros, los de mi edad, a las salas de estudio, luego a los dormitorios: para siempre yo me había convertido en alguien imposible entre los de allí.

Un murmullo, un murmullo sensiblemente distinto del de la lluvia, se pudo oír luego a la espalda del pupilo. Sonaba claramente detrás de una puerta que daba al servicio más alejado y escondido del internado, destinado quizás a las visitas, o a los jardineros o a los trabajadores de fuera, unos

servicios que normalmente estaban siempre cerrados y que esta noche, por casualidad, eran accesibles. No encendí ninguna luz al entrar; no busqué ningún interruptor; me limité a estar de pie en medio de la total oscuridad, rodeado por aquel murmullo, por una parte, el de los urinarios, por otra, el que llegaba de una, de dos cabinas donde la tapa del desagüe no ajustaba bien. Estuve un buen rato sin moverme de allí. Mis necesidades, bien que mal, las había hecho en otra parte. Pero ahora éste era el lugar para una necesidad muy distinta, y con el tiempo, a lo largo de una hora o algo más, aquélla, por lo menos para empezar, para el comienzo de mi estancia en el internado, quedaba satisfecha. Por primera vez, en el Lugar Silencioso se trataba de mí, de mi persona. Y por primera vez éste me llevó a escuchar, una manera de escuchar típica de un lugar como aquél; y también para después, una manera de escuchar que dejaba huella en mí. Lo que se podía oír no era sólo el múltiple y variado murmullo de dentro y fuera de los muros, que seguían fríos, sino más bien el sonido amortiguado por ellos y así mismo por la distancia, o lo que de los otros pupilos, que estaban arriba, ya no llegaba como algo chillón, como un rugido, sino en algunos momentos como algo familiar, casi. El murmullo de aquel Lugar Silencioso sin luz como sonido fundamen-

tal. Pero el sonido que contaba, el de lejos, como sonido de fondo, era el otro.

Durante los años que estuve en el internado religioso, el váter, y no sólo el que estaba en aquel recinto, significaba para mí un posible lugar de asilo, aunque no fuera éste aquel en el que más veces me había refugiado. No sé por qué el hecho de ir al confesionario, algo que era mucho más frecuente, durante la santa misa, lo estoy viendo ahora, hasta cierto punto, como algo sencillamente comparable. ¿Comparable de qué manera? En la medida en que, sin que tuviera que confesarle al invisible «padre confesor» ningún pecado especial –lo que hacía era ir recitando la cantilena de unas cuantas fórmulas sacadas del catálogo del examen de conciencia que venía en el catecismo–, huía de los otros, de los pupilos de los bancos de la iglesia, en general de todo el grupo, de toda la ceremonia, yendo a un lugar aparte; y el hecho era que el confesionario, la caseta de las confesiones, se encontraba apartada, según recuerdo, al fondo de la nave de la iglesia, y haberse encaminado hacia allí era algo que estaba bien. Por regla general, después, al regresar junto a los compañeros, a la ceremonia, con el corazón libre, por lo menos más libre, me sentía casi llevado en volandas; sin embargo, no era por el hecho de que uno, ante el perfil de la ore-

ja, normalmente invisible, del confesor hubiera aligerado su conciencia; en realidad, ¿qué significaba en aquel tiempo «conciencia»?

No se pueden comparar estos dos lugares, el Lugar Silencioso y la cabina de los pecados; y, además de esto, son radicalmente distintos el uno del otro, si tenemos en cuenta el asunto fundamental o el hilo fundamental del ensayo que me está rondando por la cabeza (sí, me está rondando, y además que siga así flotando en ella) y al que tengo también que prestar mi atención de un modo especial: el hecho de levantarme, en medio de las filas de los bancos, en medio de los míos, en mitad de la celebración de la misa, y el hecho de dirigirme hacia atrás, siendo como era yo el único que hacía esto, a la caseta de las confesiones, era algo que no obedecía nunca a un impulso, y no digamos a una necesidad. Ocurría siempre por puro aburrimiento. Sin duda: también el aburrimiento puede convertirse, o desarrollarse, en una especie de necesidad. Sin embargo, este tipo de aburrimiento, el aburrimiento como sufrimiento, al igual que la otra penuria, la contraria, la falta de tiempo, entonces, como adolescente, yo no los conocía aún, o es algo que me lo estoy imaginando ahora, o bien, concentrado como estoy en el ensayo sobre el Lugar Silencioso, estoy haciendo como si.